



UHIKO

Este libro le debe mucho a Yoshi Hioki, narrador y pintor japonés, cuyas aportaciones han conseguido que en todas las páginas se respire el aire y las costumbres japonesas.

© de la edición: Diego Pun Ediciones, 2023
© del texto: Mónica Rodríguez, 2023
© de las ilustraciones: Daniel Piqueras Fisk, 2023

Diego Pun Ediciones
Factoría de Cuentos, S. L.
Santa Cruz de Tenerife
www.diegopunediciones.com
info@diegopunediciones.com

Dirección editorial:
Cayetano J. Cordovés Dorta
Ernesto Rodríguez Abad

Diseño y maquetación: Iván Marrero · Distinto Creatividad

Impreso en UE
ISBN: 978-84-126064-5-4
Depósito legal: TF - 224 - 2023



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la Ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

UHIKO

MÓNICA RODRÍGUEZ

DANIEL PIQUERAS FISK

Diego Pun Ediciones



El día que Umiko nació, el mar arrastró a la playa dos lenguados negros. Después se echó hacia atrás y se quedó manso como un niño dormido. La luna blanqueaba el vientre rojizo, casi negro, de los peces y en los acantilados el viento revolvía los arbustos de *hamayu* y las agujas de los pinos. Por toda la península se escuchaba un silbido, semejante al que exhalan las buceadoras cuando salen del agua.

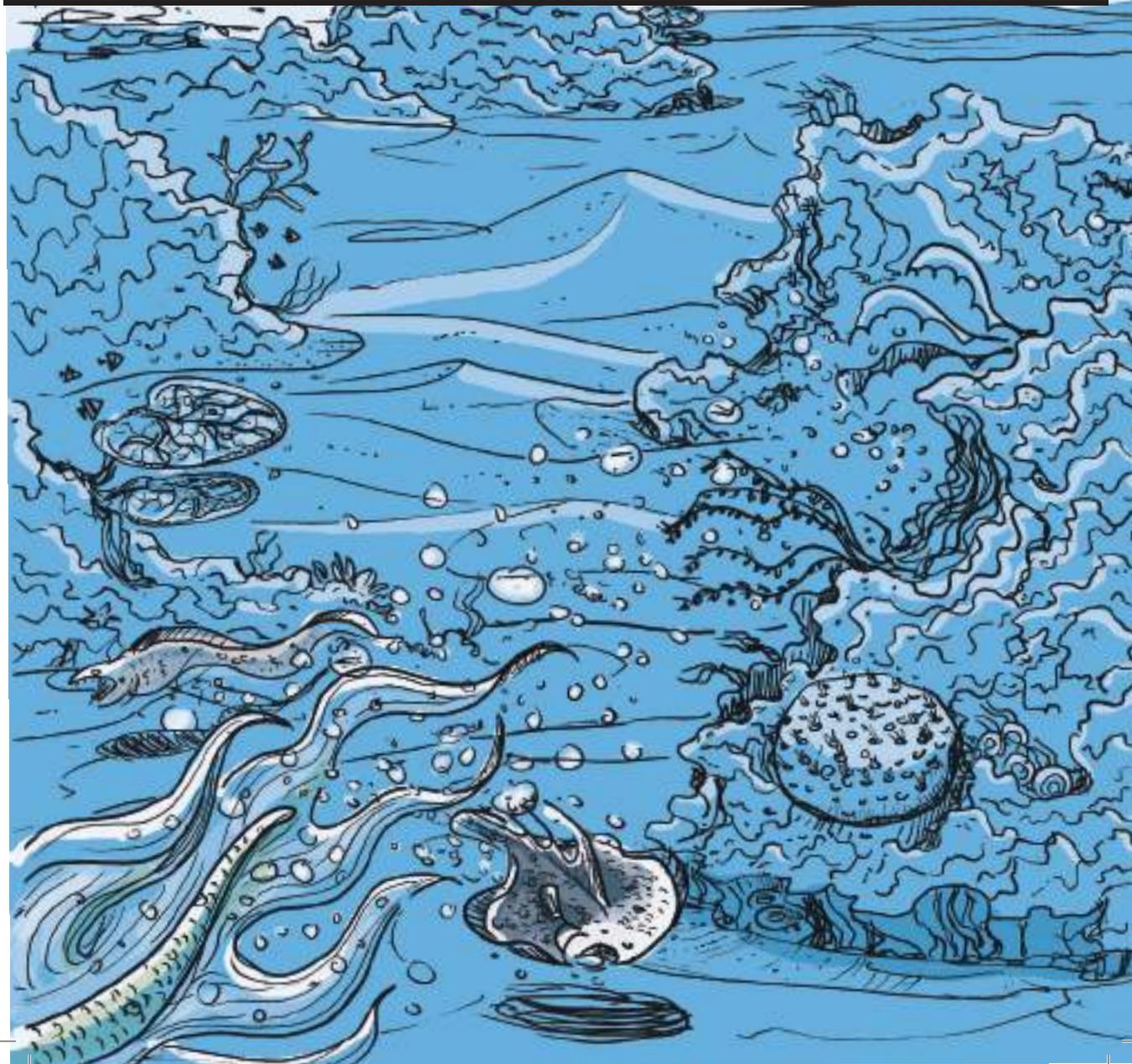
La noche se había vuelto más profunda, eso contaban. Todo se hundió en un misterio de un azul opaco, vidriado a los ojos, como sumergido bajo el océano. El mundo submarino era el mundo de las mujeres. Por primera vez los hombres que estaban despiertos pudieron sentir el frío terso sobre las pieles que abrazaba a sus mujeres dentro del agua, la presión en los ojos y en los pulmones. El silencio lleno de pequeñas vibraciones. Sin embargo, aquella impresión no duró mucho. La luna salió de entre las nubes y todo volvió a la normalidad. Entonces Umiko se puso a llorar. El hechizo se había roto. Pero su huella permanecía en los corazones de los hombres y las mujeres.

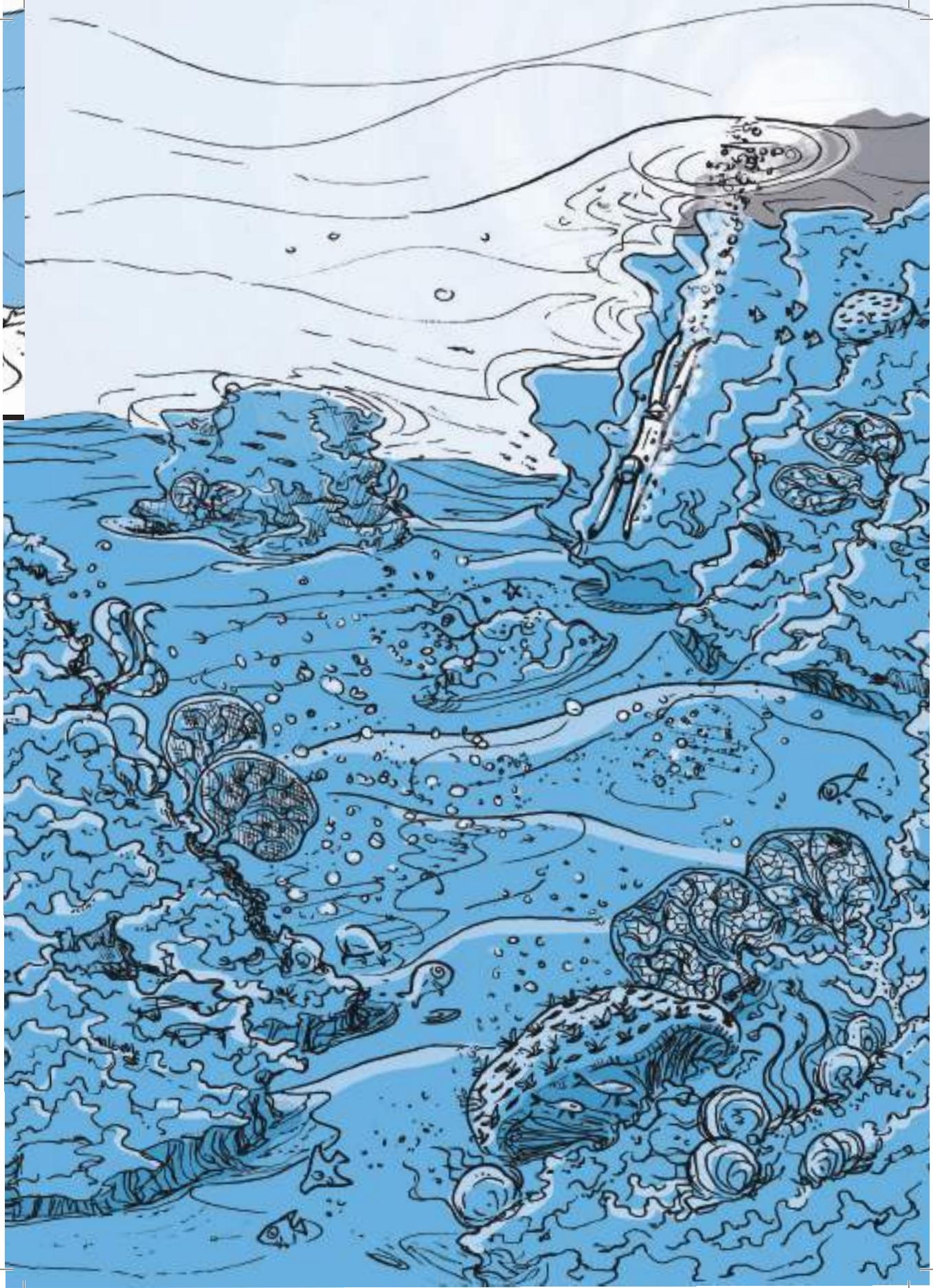
Todos supieron que Umiko, la niña del mar, sería una buena buceadora.











Ninguna niña de la península quería ser ama. No querían seguir la tradición de las mujeres y sumergirse en las frías aguas del océano, de abril a octubre. No querían magullarse los pies con el fondo marino ni hablar a gritos a causa de las inmersiones y del ruido del mar. Ni mucho menos correr el riesgo de verse atrapadas en el lecho rocoso con la cuerda de su cintura o encontrarse de frente a un tiburón. El trabajo de buceadora les parecía muy duro. Siempre a la intemperie, pasando frío y corriendo riesgos. Incluso las zambullidas cortas podían ser peligrosas. No entendían por qué sus madres y sus abuelas y sus tías charlaban alegres en los descansos entre las inmersiones, gastándose bromas y riendo, a gritos, azotadas por el viento, con las mejillas y las manos rojas de frío. A algunas niñas no les quedaba más remedio que ayudarlas con sus cestas llenas de orejas de mar, de ostras, de vieiras o algas. Clasificaban la recolección entre los trajes de neopreno tendidos a secar, mientras las mujeres, cansadas, con toallas blancas sobre las cabezas, se lavaban en los cubos o se echaban crema en las mejillas y la frente, entrecerrando los ojos al sol. Algunas, dentro de la cabaña de las buceadoras, se tumbaban al calor de las brasas, mirando con ojos somnolientos sus móviles. Afuera, los gritos de las gaviotas se unían al motor de las lanchas y a las voces azules de los pescadores.

No, ninguna niña quería ser buceadora.

No querían seguir la tradición.

La vida estaba llena de oportunidades mucho más apetecibles y cómodas. Ellas querían estudiar, ir a Tokio, comprarse un coche. Trabajar en una oficina y a la noche, tapadas hasta los hombros con las faldas del *kotatsu*, perderse en los mundos de ficción de las series o las redes sociales.

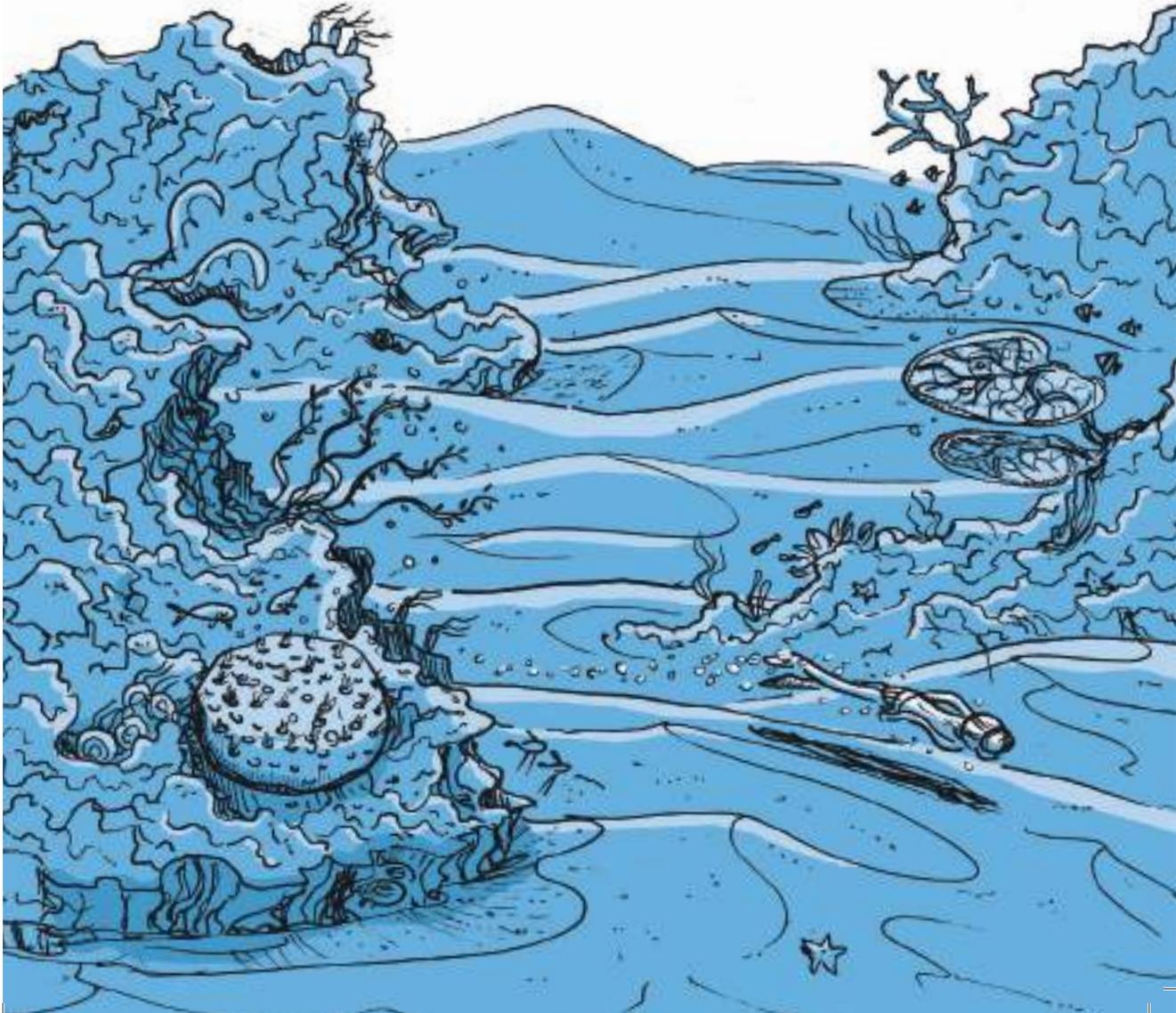
Cuando a Umiko le preguntaban si ella quería ser ama, respondía que no. Agitaba las manos con energía y repetía que no lo sería por nada del mundo. No quería diferenciarse de sus compañeras. Estaba harta de que las tías y las abuelas le repitieran que ella era hija del mar, que estaba predestinada al agua. No, repetía terca, frunciendo la frente. Sus ojos negros relampagueaban. No y no. Ella era como las demás niñas. Motokatsu, su padre, asentía. No quería que le pasase lo que a Tetsuko, la madre de Umiko, que casi muere en el mar. Había sido a causa de una enfermedad pulmonar leve, pero ya no podía bucear. Ahora trabajaba en una fábrica de

coches en Nagoya y solo venía algunos fines de semana y en vacaciones. Aun así, Motokatsu estaba contento. Tetsuko no tenía que sufrir el frío del océano y las nefastas consecuencias de la apnea para sus pulmones. Y ahora Umiko era suficientemente mayor para cuidar de la casa y de su hermano pequeño Jirô. Pero las tías y las abuelas insistían en que Umiko fuera buceadora. Estaba en su sangre. Ellas eran las guardianas del mar.

¿Se iba a acabar su oficio milenario?

–Eso no es cosa mía –protestaba ella–. Yo no tengo por qué seguir la tradición.

Sin embargo, a escondidas, Umiko acudía a la costa y buceaba empujada por una poderosa atracción.



Cuando los días se hacían más largos y el sol golpeaba las rocas y golpeaba el mar y volvía más verdes los pinos de la colina, Umiko, a la salida del colegio, corría por el camino que conducía al oriente de la península. Allí, había una playa de arena y piedras, escondida de las miradas, llamada la playa de la Perla Negra. Solo asomándose al acantilado o desde el faro, que estaba en un islote cercano, podía ser vista. La mochila cabeceaba a su espalda. La falda plisada del uniforme se enredaba en sus piernas. A veces un halcón sobrevolaba la tarde. Bajo esos círculos de silencio, corría Umiko.

La península era un estallido luminoso. El fragor del mar se enredaba dulcemente en el aire. Antes de llegar a la bajada rocosa, Umiko tropezó con Ôzuru.

—¿Se puede saber dónde vas con tanta prisa? —preguntó el chico, olvidándose de los buenos modales.

Ôzuru era grande y torpe, como una cigüeña gorda. Estiró su cuello e inspeccionó a la niña con sus ojillos negros y oblicuos. Umiko sintió enrojecer sus mejillas. A Ôzuru le gustó lo que veía. Umiko ya tenía trece años y había crecido. Sus piernas se habían alargado y se mostraban relucientes y lisas bajo la falda del uniforme. También se advertían, detrás de los tirantes, las ondulaciones que sus pequeños senos formaban en la camisa. Umiko se parecía a Ishi Tamura. Todo el mundo se lo decía. Tenía la dureza de una piedra y la fragilidad de una flor de ciruelo. Ishi Tamura no era solo una fotografía en blanco y negro, en el altar de difuntos de su casa. No era solo una antepasada. Era mucho más. Era una leyenda que corría de boca en boca. Era un espíritu, un *kami*. Una mujer bella y misteriosa que había sido una gran buceadora.

—Eso no te importa —dijo Umiko dando un paso al frente, pero Ôzuru se interpuso.

—No seas desconsiderada, claro que me importa.

Umiko señaló hacia el este. El océano se abría en un azul profundo hasta poblarlo todo. Cerca de la costa, cabrilleaba. Algunos barcos rompían las olas blancas.

—No me puedo creer que el *Saya-maru* esté regresando —dijo Umiko, meneando la cabeza.

Su flequillo cortado recto se agitó en la frente. Bajo aquel flequillo sus ojos se iluminaron burlones. Ôzuru se giró bruscamente para ver el barco pesquero de su padre, el *Saya-maru*. Umiko aprovechó para escurrirse y correr hacia las rocas. Ôzuru se golpeó las piernas, enojado. Sobre el océano, acercándose a la costa, había barcos de motor y cargueros de cabotaje, pero el *Saya-maru* no estaba entre ellos. Se movió agitando los brazos con la torpeza de una oca, buscando a Umiko. Le llegaba el tintineo de su risa semejante al canto del *tsuku-tsuku-boushi*, las cigarras del final de verano. Y, sin embargo, no había rastro de ella. Fastidiado, Ôzuru se alejó haciendo aspavientos y farfullando.

Umiko descendió por el empinado camino hasta la playa. Cuando llegó a la arena, el viento desapareció de golpe. Aquella calma repentina producía la sensación de que el tiempo se había detenido. Solo el mar golpeteaba las conchas de la orilla, pero lo hacía casi en voz baja, como temiendo romper aquel encantamiento. El olor a verdín y salitre flotaba mansamente. La niña dirigió la mirada hacia el mar. Las chispas de luz le hicieron entrecerrar los párpados. Extrañamente no había ningún barco en la extensión que abarcaban sus ojos. De pronto, un silbido melancólico y lento cruzó el aire. Como una exhalación. Como el suspiro de las buceadoras al salir del agua. Ocurrió tan rápido que su vista, aunque acostumbrada a distinguir los menudos acontecimientos que sucedían sobre el mar, no lo vio. Simplemente notó aquel cambio de luz, las sombras y el estruendo del agua, como si algo o alguien se hubiese sumergido de improviso. Sobre la superficie, la espuma blanca y súbita fue desvaneciéndose mecida por el vaivén del mar. Por más que esperó, con el sol quemando su cara, nada rompió aquella calma renovada de las aguas.

Nada salió del mundo submarino a la luz del día.

Como Ishi.

Tanto tiempo atrás.



平不口宜米是正
日甲午

平不口宜米是正

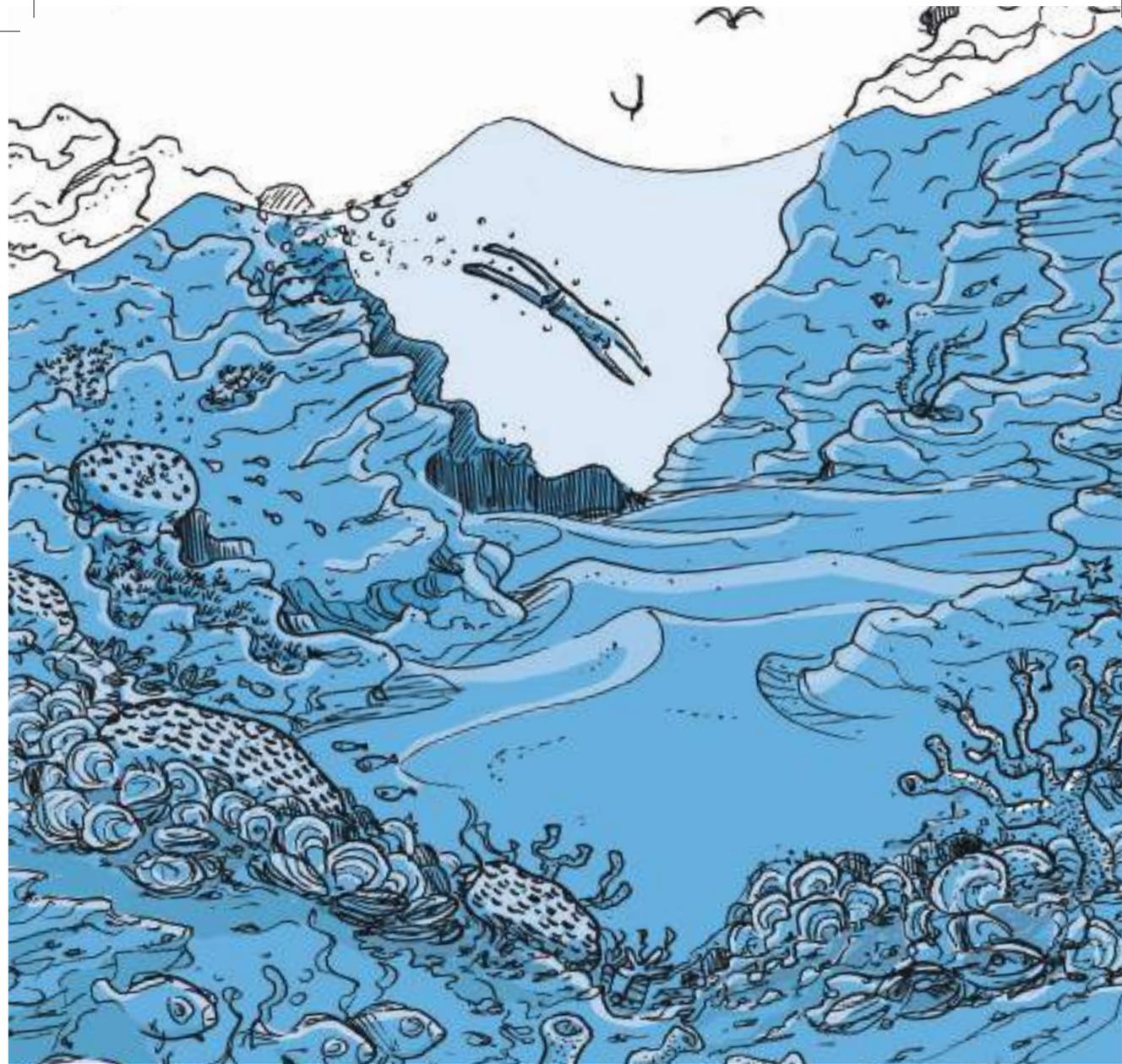
平不口宜米是正

平不口宜米是正

La fotografía de Ishi Tamura estaba junto a las tablillas funerarias en el altar de su casa. Era una fotografía en color sepia, desvaída por el tiempo. Se hizo poco antes de que todo sucediera. Su rostro joven sonreía. Llevaba las gafas de buceadora sobre la frente y las redes de pescar al hombro. Su camisa blanca, abierta por el viento, mostraba los senos tensos, tersos, contraídos por el frío. A Umiko esa fotografía la inquietaba, no sabía por qué. Y sin embargo había en ella una dicha. La luz del mar, los pájaros del amor aleteando en su boca, bajo la camisa. Todo lo posible y lo bello. A su espalda, la terrible, devastadora línea del mar. Tal vez lo que a Umiko le inquietaba era la inocencia de Ishi ante su destino. Que toda aquella felicidad le fuera a ser arrebatada. Como las flores de ciruelo ante un viento repentino. Había algo inexplicablemente profundo en esa felicidad y esa tragedia. Algo que la conmovía y que no podía poner en palabras. La misma sensación que atravesaba su corazón cuando miraba largo rato el océano.

Ese océano se abría ahora ante ella, se arrodillaba en la orilla; la llamaba. Traía y llevaba algas rojas. Una gaviota sobrevoló el faro de la pequeña isla frente a la playa. Umiko se bajó los tirantes y con rapidez se quitó la falda. Se descalzó y puso los calcetines sobre los zapatos de colegiala. Sacó de la mochila unas gafas de bucear y las limpió cuidadosamente con puñados de hierba yomogi que había arrancado por el camino. Se ató un pañuelo a la cabeza y se puso las gafas sobre la frente. Después, se quitó la blusa y, así, solo con su calzón y el pañuelo, se dirigió a las rocas. De este modo, entraban al agua sus antepasadas, cubiertas simplemente con el taparrabos y un pañuelo blanco sobre el pelo. También de ese modo, Ishi Tamura había entrado en el mar por última vez. Siempre que Umiko se lanzaba al agua pensaba en Ishi. Era un pensamiento fugaz, como la sacudida de una ola, que luego se diluía. Pero ese pensamiento la empujaba, lo mismo que la marea, incluso cuando ya no existía.

Alcanzó las últimas rocas y se colocó las gafas sobre los ojos. Todo su cuerpo se tensaba con el aire frío. Se erizaron sus pezones y el ligero vello de su cuello se encrespó. La sensación térmica descendió aún más cuando metió los pies en el agua. El mar escaló por sus tobillos, le raptó la respiración. Obstinada, avanzó por las rocas hasta que perdió pie y todo fue océano y frío a su alrededor. La superficie del mar se bamboleaba y, con ella, la isla y el faro. Inspiró profundamente y se sumergió.



Silencio y luz. Bancales de arena. Rocas. El mundo submarino la acoge. Todo es lento y ondulante. Umiko se siente bien. Tiene la sensación de que recobra una parte de sí misma, que otra Umiko recóndita e indescifrable emerge de lo más hondo, y se reconoce en ella, bajo el mar, de un modo primitivo, sin pensamiento. La prisa, la ansiedad, los problemas del mundo exterior dejan de existir. Su pulso se acopla al pulso marino; su cuerpo, al abrazo helado del océano. No hay tiempo, no hay ayer ni mañana. Todo es ahora, aquí, mar.

Se ajusta las gafas y observa las plantas moradas que van apareciendo a ras de suelo. Sobre su cabeza las burbujas ascienden hasta la superficie donde el sol forma un techo resplandeciente. Se impulsa desplazándose feliz. Todo el azul se mueve con esa marea y esa luz. El fondo marino se transforma, por momentos se aleja, se oscurece. Una bandada de peces le ofrece su costado plateado.

Umiko se está quedando sin aire, así que asciende a la superficie. De una brazada rompe el techo de mar, y la espuma y el viento la envuelven. Exhala el aire formando en sus labios ese silbido, que es el sonido que advierte del regreso de las amas al mundo de los humanos y que contiene una pérdida y una salvación. Inspira y se sumerge de nuevo con la intención de bucear más profundo. Ha visto erizos y ostras sobre el suelo rocoso. Bucea hasta ellos y, con cuidado de no pincharse, toma un erizo en cada mano.

Entonces lo siente.





Una presión invisible sobre su espalda, como si alguien la estuviera observando. Piensa en tiburones, en los monstruos marinos de los relatos de las amas, y su corazón se acelera. Se gira alarmada, pero solo alcanza a distinguir un remolino de arena, burbujas componiendo una lenta lluvia ascendente. Todo ocurre tan rápido que apenas es capaz de advertir la sombra que forma un cuerpo extraño y ya no hay nada. Bucea con los erizos en la mano y comienza la ascensión cerca de las rocas.

Largo, penetrante, se forma en sus labios el silbido de las buceadoras.

